

los esbirros?—preguntó el señor Manolo á su hermano.

—Hombre, creo que no: pero nada puede asegurarse. A lo mejor... una casualidad...

Un largo silencio acogió estas palabras poco tranquilizadoras. El *Mosco* seguía hablando para distraer á sus acompañantes de la fatiga de la marcha. Describía la grandeza de El Pardo: nadie lo conocía tan bien como él. En algunos sitios no podrían encontrarle todos los guardas juntos, de á pie y á caballo. Eran catorce leguas de tierra las que guardaban los reyes para sus cacerías. Esto sin contar la Casa de Campo, la Granja, las posesiones de Aranjuez y otras que no recordaba... ¡Y los demás que reventasen!

Estas reflexiones hicieron olvidar su inquietud al señor Manolo, lanzándose cuesta abajo, desde las alturas de su federalismo ideal, á la práctica aplicación de lo que él llamaba, por antonomasia, «el programa».

—El día que el Estado de Castilla sea autónomo, se acabará este escándalo. En las orillas del Manzanares haremos unas huertas, que me río yo de las de Valencia y Murcia. Echaremos abajo la arboleda, para que los correigionarios del cuarto estado se calienten en invierno: le meteremos el arado á la tierra, para que críe trigo, y ¡viva el pan barato!... ¡Catorce leguas para divertirse un hombre, cuando el cuarto estado no tiene más que siete pies de tierra en el cementerio!... ¡Pero si eso es casi tan grande como una de las provincias del sistema unitario!...

Maltrana contemplaba los perros que abrían la marcha, silenciosos, con el cuello estirado y las orejas avanzadas, husmeando el negro horizonte, sin un gruñido, sin prestar atención á los com-

pañeros de raza, que ladraban en las lejanas huertas.

Llevaban más de una hora de marcha, sin ver las tapias de El Pardo. El *Mosco* notaba el jadear de sus compañeros, la fatiga que sentían en las cuestas oscuras, cuyos pedruscos sueltos rodaban bajo sus pies.

—Animo—les decía.—Ya me lo esperaba yo: sois de ciudad y no estáis acostumbrados á andar. ¡Pero si esto es un paseo!...

Atravesaron el arenoso lecho de dos torrentes secos. Al detenerse en una altura, volvió Maltrana la cabeza y vió flotando á sus espaldas, sobre los cerros negros, un velo rojo, un resplandor de lejano incendio, que coloreaba gran parte del horizonte. Era el vaho luminoso de Madrid invisible. Más acá esparciábase, por la línea irregular del horizonte, grupos apretados de luces ó rosarios de llamas sueltas, como si la tierra fuese una laguna de betún, que reflejase los astros sombríamente.

El *Mosco* extendió el brazo, con la seguridad de un experto conocedor del nocturno paisaje. Las luces más cercanas eran de Buenasvistas y las Carolinas; las otras de Chamartín y Tetuán. De frente, por encima del oleaje de sombras, como débiles resplandores, apenas perceptibles, señalaba otros pueblos: Aravaca y Pozuelo de Alcorcón; y lejos, muy lejos, donde sólo podían alcanzar sus ojos de buho, las luces de El Escorial.

Al descender de la altura, encontraron un ancho riachuelo. El *Mosco* se agachó, para tomar sobre sus espaldas á Maltrana, sin hacer caso de su resistencia. Era costumbre de los dañadores pasar los cursos de agua llevando á cuestas al compañero. Al regreso, el camarada que pasaba

á lomos, prestaba igual servicio, y así la mojadura repartiase entre todos por igual. Unicamente los enfermos, los que iban á la caza convalecientes ó con fiebre, estaban exentos de esta reciprocidad. El *Mosco* consideraba como enfermos á sus débiles compañeros, fatigados por la marcha.

Al otro lado del arroyo, Isidro y el señor Manuel vieron que el camino se deslizaba, tortuoso, entre dos altas vallas de plantas espinosas. El *Mosco* les ordenó que arrojasen los cigarras; ya no podrían fumar hasta la vuelta: entraban en terreno enemigo. Aquel sitio se llamaba el *Mal Paso*. Muchas veces, los guardas de El Pardo, saliendo de su jurisdicción, se emboscaban allí, para sorprender á los dañadores, cuando volvían á sus casas. En aquel sitio le habian dado un balazo á su compadre el *Garrucho*, una noche en que volvían los dos cargados con un par de gamos. El pobre camarada, después de sanar de la herida, fué al presidio de Alcalá, por robo de caza mayor. El *Mosco* se habia librado por pies, sin soltar su carga.

—Una injusticia—exclamó;—un abuso... Este terreno no es suyo; aquí no son más que unos particulares como vosotros ó como yo. Pero pertenecen á la *casa grande*, y no hay tribunal ni Dios que no se ponga de su parte.

Aún caminaron otra buena hora, pero fuera de sendero, por campos de tierra movediza, con ocultos pedruscos, en los que tropezaban. Isidro, al atravesar una viña, chocó con un ceporro, hiriéndose una pierna. Pero, ¿dónde estaban aquellos bosques de El Pardo, que parecían correr, hundiéndose en la sombra?...

—Animo—decía el *Mosco* en voz queda.—Ya estamos cerca; ya veo las tapias.

Pero el señor Manolo y su amigo no distinguían nada. Isidro, con la pierna dolorida, despreciando los tropezones, como si ya no le pudieran ocurrir peores males, caminaba con los ojos puestos en Venus, que lucía en el horizonte. Al subir una cuesta, el astro remontábase en el cielo; cuando bajaban, hundíase, hasta quedar al ras de la colina de enfrente. Parecía jugar con ellos, atraerlos, para huir después de cima en cima.

Por fin, los dos neófitos, se vieron al pie de las tapias de El Pardo. Maltrana consideró su altura con asombro. Aquello no eran tapias: eran las murallas de la China. ¿Y habia él de saltarlas? Prefería quedarse al pie de ellas, descansando. Esperaría, tendido en el suelo, el regreso del *Mosco*, aunque volviese al amanecer.

—¡Chist!—murmuró el cazador, para que hablase más bajo.—Tú subirás: yo me encargo de que subas.

La protesta de Maltrana era la última resistencia del miedo, el retroceso del instinto ante aquella tapia sombría, tras la cual estaba lo ilegítimo, lo vedado, la amenaza del guarda con su escopeta sin misericordia.

El *Mosco* y su ayudante preparaban el asalto en silencio, hablándose sin que sus palabras sonaran, moviéndose sin que sus pasos produjeran ruido. A Maltrana le parecían fantasmas... ¡Arriba! El *Chispas* apoyó un pie en las manos de su maestro, arañó la tapia, y en un instante se puso á caballo sobre ella.

¡Ahora, los perros! Los animales sabian su obligación; se dejaban coger por el *Mosco*, y empujados por él, agarrábanse muro arriba, se mecían un momento sobre el borde, con el vientre

aplastado, y dejábanse caer en la parte opuesta, sin otro choque que un ruido ligerísimo de hojas secas.

Maltrana se sintió cogido por las piernas é izado, al mismo tiempo que el *Chispas*, inclinándose, le agarraba por los brazos. Los dañados reían de su poco peso. Quedó un instante á horcajadas en lo alto de la pared, aturdido por la ascensión, doliéndole el cuerpo por el roce contra los ladrillos salientes. El *Mosco* le saludaba desde abajo, con una gracia que ponía los pelos de punta.

—¡Qué buen blanco, gachó! ¡Qué escopetazo se pierden los guardas!

Isidro no tuvo fuerzas para protestar. ¡Vaya unas bromitas oportunas! Y obediente por necesidad, entregado por completo á sus burdos amigos, tuvo que descender por la parte opuesta, ayudándole el *Chispas* que le había precedido, y le sostenía por las piernas. El señor Manolo, más ágil, saltó la tapia sin grandes esfuerzos, y un instante después se unió á ellos el *Mosco*.

Ya estaban en la ratonera. Isidro pensaba con terror en lo imposible que le sería franquear aquel obstáculo, si le perseguían los guardas. Pero la impresión de miedo se amortiguó, al mirar lo que le rodeaba.

La sorpresa le hizo creer, por un instante, que estaba en un mundo nuevo. El salto de la tapia, era como el tránsito de un planeta á otro. Olvidó las colinas pedregosas, los banales infecundos con más guijarros que plantas, toda la campiña árida, sumida en la obscuridad al otro lado de la tapia, uniforme y plana á la vista como un charco negro.

Tenía ante sus ojos el bosque inmenso, her-

moseado por la difusa luz de las estrellas, borrando en la penumbra su acre asperéza de vegetación salvaje, unificando sus bravíos colores en una vaguedad fantástica de inmenso jardín encantado. Maltrana creyó ver un gigantesco dibujo, blanco y negro, sobre un papel azul, perforado por innumerables picaduras de alfiler, que daban paso á la luz.

La selva, dormida bajo el fulgor de las estrellas, parecía un jardín de leyenda. Maltrana pensó en Wagner, y en su valeroso Sigfrido; en la rústica flautita del héroe que hacía hablar á los pájaros. Hasta creyó, por un instante, que de aquellas espesuras podría surgir un dragón no conocido por los guardas.

Los tupidos jarales, contorneados por senderos tortuosos, parecían arriates de rosales centenarios. La tierra era blanca, de una blancura de leche: los árboles formaban bóvedas de negro enrejado, por cuyos espacios libres asomaban los planetas sus ojos parpadeantes. En lo alto de las colinas, los pinos solitarios destacaban sobre el espacio azul sus copas de quitasol; unos, rectos y gallardos, otros, oblicuos como si quisieran acostarse.

No se veían las flores del fantástico jardín, pero Maltrana se las imaginaba enormes, como nunca se habían abierto en la tierra, á la luz del sol. Flotaba en el ambiente un perfume resinoso, de acre caricia, tan denso, que parecía masearse al respirar. Era una esencia para olfatos de gigante. Del silencio de la arboleada, surgían gritos de pájaros invisibles, saludos burlones á los bípedos que avanzaban en silencio junto á los matorrales, evitando destacar sus siluetas sobre los espacios de tierra blanca; menudas carreras que denun-

ciaban el medroso despertar de los conejos asustados por los pasos cautelosos de la cuadrilla.

Maltrana dudaba de la realidad. Debía estar soñando: aquel mundo no podía existir. De seguro que de un momento á otro iba á despertar, encontrándose en el camastro de la calle de los Artistas.

Los seres que le rodeaban no eran reales. Aquellos perros que caminaban sin el más leve ruido, sin respirar, volviendo la cabeza hacia el amo como si le ladrasen con los ojos, eran unos perros de ensueño. De ensueño, también, los dos cazadores, que caminaban ó se agachaban como sombras, hablándose sin mover los labios, entendiéndose por señas; y hasta el capataz de periódicos, que marchaba encorvado, con los ojos saltones y la boca abierta, contrayendo el estómago á impulsos del miedo. Sólo sonaban los pasos de Maltrana, haciendo crujir la arena, y este ruido le parecía tan grande, tan agigantado por el silencio, que podía despertar á los guardas á muchas leguas de distancia.

De vez en cuando la selva agitábase con ondulación ruidosa. Una ráfaga de viento moviendo una rama daba la señal. Toda la arboleda se estremecía, inclinando las copas. Movían sus cabezas los olmos, los pinos, las carrascas, las encinas; vibraba la orquesta inmensa del bosque, y de un extremo á otro esparcíase el lamento de la sinfonía salvaje, despertando los ecos en las cañadas, aguzándose en las alturas, volviendo á descender en busca de nuevas masas de árboles que repitiesen este suspiro de arpa temblorosa.

Isidro, que al principio buscaba la tapia con los ojos, como si viese en su proximidad una esperanza, avanzaba ahora audazmente, temblán-

dole las piernas, pero conquistado el ánimo por el majestuoso silencio. En aquella paz era imposible que los hombres matasen á sus semejantes.

El *Mosco*, que conocía todas las madrigueras de El Pardo, se detuvo junto á una gran encina. Allí se abrían ciertas bocas, que indudablemente ocultaban algo. Su hermano y Maltrana agacháronse por consejo suyo. Los perros daban silenciosas vueltas alrededor del árbol, como si olfateasen la caza oculta en las entrañas del suelo. *Chispas* se colocó de rodillas á alguna distancia. Estaban allí las bocas de salida, y colocó en ellas los capillos de red. El *Mosco* abrió la bolsa y sacó el hurón. La bicha llevaba al cuello un cascabelillo de sonido débil, y en una pata el cordel que la obligaba á volver á su amo.

Perdióse el sutil cascabeleo bajo tierra. El señor Manolo seguía con interés la operación, puesto á gatas al lado de su hermano. Maltrana, tendido de espaldas, miraba las estrellas, el cielo de obscuro azul escarchado de polvo luminoso. Había arrostrado el peligro por ver la caza furtiva, y ahora no le inspiraba interés. Prefería permanecer inmóvil, en dulce quietud, dolorido por la fatiga, acariciado por la paz que parecía descender del cielo. Estaba allí, como si la selva fuese suya. ¿Por qué habían de presentarse los guardas? La hermosura de la noche desvanecía su miedo, repelía de su ánimo toda posibilidad de peligro.

*Chispas* dió un mugido de alegría, luego otro... luego otro. «Tres... cuatro... cinco: la bicha trabaja bien.» Iba recogiendo los conejos de los capillos así como caían; unos sanos, otros con la cabeza destrozada por el hurón y manando sangre. A los que salían ilesos huyendo de la sanguinaria fiere-

cilla, el mozo los estrangulaba con sus duros dedos. Pasábale las piezas al señor Manolo, y éste reía, con el goce brutal de la destrucción, ofreciendo á Maltrana los conejos, para que los tentase. Aún estaban calientes: ¡cómo los dejaba la bicha al morderles!...

*Chispas* anunció que ya no salían más: la madriguera estaba despoblada. El *Mosco* tiró de la cuerda y volvió á sonar el apagado cascabeleo. La embriaguez de la sangre había enardecido á la bicha. El cazador lanzó un juramento sordo antes de volverla al saco: le había clavado en un dedo sus agudos colmillos.

Isidro abandonó de mala gana el lecho de hojarasca, para seguir á la cuadrilla en busca de nuevas bocas. ¿Por qué no se retiraban ya? La operación estaba vista. Pero el *Mosco* protestó.

—¿Retirarme?... ¡Botones! La noche se presenta bien.

Anduvieron dos horas por las cañadas buscando los lugares más conocidos del cazador por sus madrigueras. No había vivienda de conejo que no la tuviese anotada en su memoria.

Isidro aprovechaba todos los altos del bicheo para tenderse en la hojarasca mirando á lo alto. El planeta que había contemplado en el camino ya no lucía en el horizonte: se había ocultado, y nuevos astros invadían el cielo. Miraba también á su alrededor, admirando la hermosura bravia del bosque. Decididamente, las destrucciones que proyectaba el señor Manolo, para cuando triunfase la autonomía del Estado Castellano, el abatir la selva y meterla el arado, sería una reforma muy revolucionaria; pero así estaba mejor, era más hermosa, aunque la pública utilidad rabiasse de coraje.

Una señal de alarma de los dos perros, sacó á

Isidro de sus divagaciones. Avanzaban cautelosamente, se detenían, volvían la cabeza para mirar al amo. Su cola elevábase con movimientos que revelaban indecisión; sus orejas aguzábanse con la inquietud.

—¡Chist! ¡chist!—murmuró el *Mosco* para que sus acompañantes permaneciesen quietos en la espesura.

Todos estaban de rodillas, apoyados en las manos, avanzando la cabeza lo mismo que los perros para oír mejor. El capataz abría la boca, como si por ella fuese á escapársele el corazón, encogido por el miedo. Maltrana sentía el zumbar de su sangre en las sienas.

Gruñó un perro, y el *Mosco* pareció tranquilizarse. Alguien estaba cerca, pero no era enemigo. Los perros anunciaban, con movimientos silenciosos, la proximidad de los guardas. Cuando se decidían á gruñir era porque husmeaban gente conocida.

El cazador, incorporándose, dió varias palmadas en uno de sus muslos. Inmediatamente sonaron iguales golpes al otro lado de la espesura, como reproducidos por el eco. Después se llevó á la boca el dorso de una mano, y un silbido tenue, de pájaro, rasgó el silencio. Otro pájaro invisible le contestó.

—Adelante: son amigos—dijo el *Mosco*.

Troncháronse las ramas de los matorrales, abriendo paso á dos hombres encorvados. Los perros de la cuadrilla frotáronse un instante con otros perros salidos de la espesura. Los hombres pasaron junto al *Mosco*.

—¿Qué lleváis cogido?—preguntó éste.

—Nada aún: dos gazapos.

—Que se os dé bien la noche.

La cuadrilla desapareció con sus perros, y el *Mosco* siguió adelante prometiendo á los camaradas, aún no repuestos del susto, acabar en seguida la expedición, tan pronto como registrase ciertas bocas inmediatas á un arroyo, que eran las más ricas de El Pardo.

Detuviéronse en una espesura, oyendo á corta distancia el murmullo del agua invisible saltando entre guijarros.

Maltrana no atendía á la caza de sus compañeros: deseaba que acabase la expedición cuanto antes. Causábanle lástima y repugnancia aquellos cuerpecillos de pelo suave, que el señor Manolo iba reuniendo al par que hacía grandes elogios del peso de su carne palpitante.

Acostado en un declive, con los brazos cruzados bajo la cabeza, vió de pronto elevarse en el matorral que tenía delante, dos cruces de varios brazos, toscas, rudas, como labradas á hachazos. Un hocico negro, barnizado por la humedad, asomó en la espesura; unos ojos lacrimosos y brillantes le contemplaron un momento. Maltrana, influido por el miedo, creyó ver un horrible monstruo, un digno engendro de la selva encantada; algo semejante al dragón de leyenda que había surgido en su memoria al dar los primeros pasos. El terror le hizo ponerse de pie con nervioso salto. Un bufido diabólico estremeció los matorrales. Desaparecieron las cruces, y crujió la maleza al romperse ante una carrera loca.

El *Mosco* acudió con gritos de cólera.

—¡Rediós!... ¡Y no haber traído la escopeta! ¡Cómo se enteran y se burlan!...

Los perros, después de un intento de persecución, retrocedieron al lado de su amo, viendo que éste permanecía inmóvil.

El encuentro con el venado quitó al *Mosco* todo deseo de continuar la caza.

—Vámonos, ¡para lo que hacemos aquí!...

Emprendieron la retirada, marchando directamente en busca de la tapia. Isidro, al saltarla con la ayuda de sus compañeros, volvió á verse en el campo yermo y negro, matizado de luces á lo lejos. Creyó otra vez que había soñado, que los árboles rumorosos y el fantástico jardín, sólo habían existido en su imaginación.

Los pesados racimos de bestias muertas que el señor Manolo sostenía en sus manos, eran los únicos testimonios de la realidad de la aventura.

—Toca, Isidro—decía el capataz riendo.—¡Qué famosa cachuela vamos á comernos!...

El joven, pensando en los guardas, sentía ahora un miedo mayor que el que había experimentado al otro lado de las tapias. Le parecía imposible que dentro de aquella ratonera, hubiese permanecido sereno, tendido en la maleza, contemplando el cielo. ¡De qué balazo se había librado!...

El *Mosco* examinó la posición de las estrellas.

—Son las dos: antes de que amanezca estaremos en casa.

Pasaron de nuevo á lomos de los dañadores el riachuelo vecino al *Mal Paso*. El *Chispas* y su maestro caminaban ágiles, sin el más leve indicio de fatiga, algo descontentos de su faena. Habían perdido la noche: total, docena y media de conejos. El cansancio, las inquietudes y sustos que aún tenían trémulos á Maltrana y al capataz, eran para los dos cazadores incidentes sin importancia de la diaria lucha... ¡Vaya un modo de ganarse el pan!

Al detenerse un instante en la cumbre del cerro, el joven volvió á ver los rosarios luminosos

del alumbrado de los pueblos, la nube roja que se cernía sobre Madrid.

Descansaba la gran villa, envuelta en discreta luz, mientras en sus lóbregos alrededores se agitaban los aventureros de la vida, sin miedo al peligro.

Maltrana, contemplando al lejano Madrid, creyó ver un símbolo de la vida moderna, de la desigualdad social implacable y sin entrañas.

Los dichosos, los ahitos, descansaban tranquilos al calor de una civilización cuyas ventajas eran los únicos en monopolizar. La caravana de los felices no quería ir más allá, creyendo haber visto bastante. Dormían en torno de la hoguera, acariciados por su tibio aliento, con el voluptuoso sopor de una digestión copiosa. Y más allá del círculo rojo trazado por las llamas, en el muro de sombras temblonas tras las cuales estaba lo desconocido, brillaban ojos coléricos, sonaba el rechinar de las uñas al afilarse, estallaba el gruñido de las bestias hambrientas cegadas por tanto resplandor. Los vagabundos del desierto social, los desertores de la caravana, los expulsados de ella, las fieras, los abortos de la noche, rondaban en torno del vivac, sin atreverse á salir del círculo de tinieblas, con miedo á afrontar la luz.

Les cegaba el fuego: intimidábales con glacial escalofrío el brillar de las armas caídas junto á los durmientes. Amenazaban, rugían, pero los dichosos, sumidos en dulce sueño, no podían oír sus amenazas y sus rugidos.

Maltrana pensó que alguna vez la hoguera, falta de nuevos combustibles, se extinguiría poco á poco; y cuando sólo quedasen rojos tizones, y las tinieblas voraces invadiesen el círculo de luz, vendría la gran pelea, la lucha en la sombra, el em-

pujón arrollador de la muchedumbre, el asalto de los engendros de la obscuridad para apoderarse de todas las riquezas de los felices: de los bagajes que contienen el bienestar monopolizado por ellos; de las armas que son su mejor derecho.